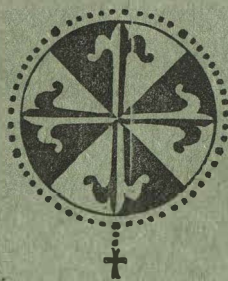


25. 17. 1922

Volumen XVII.—Julio 1.º de 1922.—Número 166.

**REVISTA**  
del  
**COLEGIO MAYOR**  
de  
**Nuestra Señora del Rosario**

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

**BOGOTA**  
IMPRENTA DE SAN BERNARDO  
**MCMXXII**

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1922

### UN VERDADERO AMIGO

(Para la corona fúnebre del P. Antonio Aime)

Digan quienes los conocen mejor que yo los señalados servicios del R. P. Antonio Aime a su amada Congregación Salesiana; encomien las virtudes cristianas, sacerdotales y religiosas de aquel varón de Dios sus hermanos de claustro, testigos de ellas de la mañana a la noche durante largos años. Deseoso de poner una violeta azul en la corona fúnebre del santo discípulo del venerable Bosco, y para hablar de lo que sé, quiero escribir unas palabras sobre las condiciones del P. Aime como amigo, que fueron rasgos distintivos de su carácter y unas de las fuerzas que puso al servicio de sus magnas labores en pro de la divina honra.

Tan necesario como la respiración para la vida del cuerpo es el amor para la vida del alma, y por tal razón santa Teresa define el infierno, que es muerte eterna, diciendo que es un lugar donde no se ama. Cuando un hombre no profesa afecto a los demás, lo reconcentra todo en sí propio, y de allí nace el egoísmo, la idolatría del yo, el peor de los vicios, porque labra el infortunio de quien lo abriga en su seno, le seca el corazón y lo hace aborrecible a todos sus semejantes.

## CONTENIDO

- Un verdadero amigo. R. M. CARRASQUILLA.  
Dos mártires de la Patria..... JOSE MARIA RESTREPO SAENZ.  
• Montecristo..... JOSÉ ESTREMERÁ.  
Apuntes sobre la poesía hebrea..... JOSÉ EUSEBIO RICAURTE.  
Dos sonetos..... JOSÉ JOAQUÍN CASAS.  
Ricaurte y sus impugnadores..... R. M. C.  
La música ..... GUSTAVO ATUESTA.  
Grado en filosofía y letras.  
El Cipango y la Antilia..... ALFONSO REYES.  
El oro..... VITAL AZA.

Mas casi todo amor puramente natural tiene un fundamento egoísta. Los esposos se consideran entre sí como una sola carne, según la frase de la Escritura santa; ven los padres en sus hijos una prolongación de su sér, un pedazo de sus entrañas; superiores e inferiores se ligan por el apoyo y dirección de una parte, por los servicios y la obediencia de la otra; la gratitud supone un beneficio recibido; el ciudadano se reputa hoja efímera del árbol secular de la patria, que la sostiene con su fortaleza y la alimenta con su savia.

No así con la amistad. En ella el hombre no busca su provecho, sino la felicidad del amigo, y no exige ni espera premio por los servicios que presta, ni por los sacrificios que se impone. ¡Con razón que el Espíritu Santo nos diga que «el amigo fiel es una defensa poderosa, y quien le halla ha encontrado un tesoro; no hay nada que pueda comparársele, ni peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe!»

En el orden sobrenatural hay un amor sublime que se infunde en el alma cristiana con la gracia santificadora, y se apellida *caridad*. Es dilección a Dios por ser quien es, y al prójimo por Dios. Ella no destruye ni reemplaza los legítimos afectos naturales; antes los robustece, los purifica y los eleva. Tanto es así que el mundo pagano no presenta una madre como santa Mónica, una esposa como santa Isabel de Hungría, una mujer patriota comparable a santa Juana de Arco.

Tampoco el amor divino impide la amistad, sino la estimula y ennoblece, dándole por fundamento no sólo la simpatía, que es fruto del instinto, sino la estimación que nace del raciocinio; y reemplazando la tosca familiaridad por una respetuosa confianza. El Divino Maestro dio a sus apóstoles el título de amigos y tuvo predilección por uno de ellos: «el discípulo a quien

amaba Jesús.» La historia registra y la liturgia católica ensalza la amistad de san Pedro y san Pablo, la de san Basilio y san Gregorio, la de santo Domingo y san Francisco.

Dios prende el fuego de su amor en dos clases de almas. Hay unas que abrigan pocos afectos naturales, y esos débilmente arraigados. En ellas la caridad no encuentra obstáculos ni rivales y se dilata en toda su pureza, alcanzando a todos los prójimos por igual. Pero el divino incendio es también para los corazones llenos de profundísimos amores. La caridad llega, se adueña de ellos, los acendra, los pone a su servicio y, con tan potentes auxiliares, realiza maravillas.

A esta segunda categoría perteneció el R. P. Aime. No sólo amaba al prójimo, sino que sentía cariño por toda persona, aun al verla por la primera vez, sin distinción de grandes y pequeños, buenos y malos. Era como el sol de Dios, que derrama su luz y calor sobre pobres y ricos, justos y pecadores. Y como, según me lo ha enseñado la experiencia, cada hombre despierta, por lo general, en los demás los mismos sentimientos que abriga para con ellos, el P. Aime era, dondequiera que se hallase, intensa y universalmente querido. Da testimonio de ello la ovación espontánea e inmensa de veneración y amor que se le tributó en los funerales, especie de canonización popular, con muy pocos antecedentes en la historia de nuestro país.

En una alma tan llena de dilección para con todos, ¿cabía la amistad, que es relación entre dos únicas personas? ¡Oh, sí! El corazón del pío sacerdote era tan ancho—para usar una expresión bíblica—como la arena que sirve de linderos a los mares. Mas, en tanto que casi todos los hombres buscan el amigo que necesitan, el P. Aime brindaba su amistad a los que tenían necesidad de ella.

Así me explico la que me consagró, desde su llegada a Colombia hasta el postrer aliento de su vida: amistad constante, no interrumpida en sus manifestaciones ni aun durante las ausencias del Padre, en ejercicio de sus funciones de visitador; amistad franca y familiar, pero admirablemente discreta e impregnada de la veneración que el edificante religioso profesaba a la dignidad sacerdotal.

En las breves horas de felicidad y contento de sus amigos, el P. Aime se hallaba siempre a su lado; y era el primero y el más asiduo en los largos días de padecimientos y amargura. Cuando llegaba de visita a una casa, desde que se le oía en la escalera o el vestíbulo, se serenaban los rostros, las frentes se desarrugaban, sonreían los labios. Y era óptimo consolador en los grandes dolores, porque las palabras y las obras no le nacían de la cabeza solamente, sino también del corazón; porque tenía delicadezas maternas; porque no restregaba la herida al aplicarle el bálsamo; porque no era de los que creen que el único alivio a las penas consiste en la indiferencia y el olvido.

Todo amor verdadero, y la amistad entre ellos, no se revela en palabras lisonjeras y en atenciones sociales, sino en las obras. Por tal razón enseñó Jesucristo que no todo el que dice: Señor! Señor! entrará al reino de los cielos. El P. Aime, a menos que el deber se lo impidiera, jamás negó cosa alguna a sus amigos, aun teniendo que hacer considerables sacrificios. Y era muy común que el beneficio estuviera hecho antes de que uno hubiera pensado en solicitarlo. Esta conducta, la inagotable mansedumbre, la amenidad del trato, la gentileza del porte y la circunstancia de que nunca pidió nada para sí hicieron al P. Aime dueño de la voluntad de sus amigos, hasta el punto de que sus menores deseos eran órdenes ineludibles para ellos, y semejaba

que todos le hubieran hecho voto de obediencia. ¡Qué no podrá hacer un sacerdote con tamaño influjo, puesto al servicio de un celo ardiente por la mayor gloria de Dios y el bien del prójimo!

A principios de julio del año pasado, supe que el P. Aime había caído súbita y peligrosamente enfermo y que ya le habían administrado los últimos sacramentos. Le dijeron que yo había ido a informarme de su salud, y ordenó que me introdujeran a su aposento: una celda estrecha, de techo muy bajo, suelo y paredes desnudos. Allí estaba, tendido en una angosta camilla de madera, con el rostro congestionado y la respiración anhelosa, rodeado de los demás religiosos, sus súbditos y hermanos, y atendido afectuosamente por ellos. Después de contestarme el saludo, empezó a hablarme de la fiesta que había organizado para celebrar el sexto centenario de Dante y en la cual yo debía pronunciar unas palabras. Viendo el daño que le causaba aquella plática, le rogué que no continuara conversando.

—Es decir que me impone silencio?

Se hizo la señal de la cruz en la boca y no volvió a desplegarla en el resto de la visita. Le recé uno de los evangelios y varias de las oraciones que trae el Ritual romano para alivio de los enfermos y, como entendiese que aquella era nuestra última entrevista en el mundo, le besé respetuosamente la mano. Se apoderó él con viveza de una de las mías y la llevó a sus labios, me clavó los ojos y los levantó en seguida. Jamás olvidaré aquella mirada, felizmente muy fácil de traducir:

—Hasta el cielo!

Salí con la garganta anudada y los ojos preñados de lágrimas, pero con el alma llena de edificación y esperanza. ¡Qué amigo el que perdía aquí abajo! ¡Qué intercesor el que iba a ganar allá arriba!

Junio de 1922.

R. M. CARRASQUILLA  
Prelado doméstico de Su Santidad.